

## **Historia y conciencia nacional.**

**Mikel Sorrauren. Iruñea.**

A quienes reclamamos la importancia de la Historia de Navarra como un instrumento básico a la hora de planificar el futuro de Euskal Herria, se nos considera por parte de algunos como historicistas. Creo, en primer lugar, que resulta necesario aclarar qué sea el Historicismo. Se denomina de esta manera a un conjunto de corrientes historiográficas, ya bastante periclitadas, que hacen de la Historia un principio autónomo; principio que condiciona el desarrollo de las sociedades y procesos históricos de manera determinante.

Por lo que a nosotros se refiere, el énfasis que ponemos en la fijación de nuestra Historia, esta dirigido primordialmente a proporcionar una explicación de los procesos históricos que afectan a nuestra nación navarra; luego, también, a suministrar referentes sólidos a los navarros –vascos- en lo que se refiere a la conciencia nacional.

Será necesario recordar una vez más dos aspectos que afectan a la comprensión de la Historia. En primer lugar toda sociedad basa su cohesión en la percepción que tiene de sus orígenes y desarrollo histórico. La Historia –dicen las historiadoras americanas J.Appleby, L Hunt y M. Jacob- es a las sociedades lo que la memoria a los individuos. Proporciona a una colectividad el elemento de cohesión que la conforma, de la misma manera que la memoria individual conforma la personalidad del individuo. No es por tanto una cuestión baladí la percepción histórica que un Pueblo concreto tenga de sí mismo. De hecho el poder busca imponer a sus dominados la visión histórica que interesa a los dominadores.

Con respecto a la Historia de Navarra es claro que las naciones que nos dominan –España y Francia- imponen, como elemento básico de la ideología, su visión de la Historia. Ésta es la razón por la que muchos vascos se dejan arrastrar por los prejuicios intelectuales de nuestros oponentes. Tal hecho lleva a muchos de los nuestros a adoptar una actitud defensiva a la hora de rebatir los argumentos con los que se ataca la peculiaridad vasca y su misma identidad.

El primero de estos prejuicios suele referirse a la carencia de interés de la Historia –según algunos- para afrontar los problemas del Presente. Se afirma, la Historia es el Pasado y no ejerce ninguna virtualidad sobre el momento actual; no debe condicionar en ningún caso el Futuro de una colectividad. Este planteamiento adolece de una fuerte carga reduccionista; primeramente por negarse a comprender que el momento presente es resultado del Pasado histórico; luego porque, mediante esta simplificación de la realidad, quienes defienden tal planteamiento, también recurren a argumentos históricos, aunque de una manera elemental, muy inmediata, y dan por hecho que los valores que sostienen, son unos valores permanentes, no históricos, que responden a la idiosincrasia de las sociedades y de las culturas. De esta índole son los puntos de vista que reclaman la superioridad tecnológica del Mundo occidental y, así mismo, el de la cultura europea, la única acorde con valores humanos de carácter universal. Con tales planteamientos se pretende justificar la existencia ineludible de los actuales Estados-Nación como punto de no retorno, a la hora de configurar el Mundo actual.

La perspectiva de la realidad individual está constituida básicamente por un imaginario que ha sido proporcionado al ser humano por el marco social en el que desarrolla su existencia; imaginario que se percibe en gran medida como realidad incontestable, a pesar de que no procede de la propia experiencia. El individuo reconocerá sus afinidades colectivas y establecerá su solidaridad en función del citado imaginario. La ideología no es otra cosa que el conjunto de conclusiones, determinadas como valores, que derivan en última instancia de la visión personal que se tiene de la realidad, del imaginario citado en última instancia. Se entiende el interés de los sectores dominantes de cada colectividad humana para que esa

ideología justifique un orden social y forma de poder acorde con los intereses dominantes. Lo mismo vale decir en el caso de una colectividad humana sometida al control de otra nación. Pues bien, en la configuración de la denominada ideología la parte fundamental corresponde a la Historia; entendido el término aquí como la visión de un individuo, en mayor o menor medida global, sobre la evolución del ser humano y de los conjuntos sociales.

Resulta fácil de comprender por qué el hecho histórico se encuentra siempre rodeado de polémica, por cuanto constituye un referente ineludible que une al individuo a su colectividad y le explica su identidad. El poder político muestra por ello tanto interés en controlar la perspectiva histórica, porque con ella se justifica la identidad de una colectividad y el ordenamiento jurídico de la organización estatal. El interés primordial de una Nación opresora es que la nación dominada se identifique con el imaginario del dominador; el de los oprimidos disponer de una perspectiva histórica autónoma que ponga de relieve la realidad de la Nación dominada. De una manera muy simplificada se recurre a expresiones de carácter muy general, que remitiéndose a la realidad histórica, expresan la proyección individual sobre lo que debe ser el orden político y social: " *los grupos dominantes siempre han esquilado al conjunto de la sociedad,*" o su versión contraria: " *siempre habrá ricos y pobres* ". A partir de aquí podemos contemplar formulaciones de mayor complejidad que ponen en evidencia que la Historia no es un hecho intrascendente a la hora de entender la realidad contemporánea. Constituye, por tanto, una frivolidad -o cuando menos responde a una actitud de inconsciencia- pretender ignorar la Historia como simple nostalgia del Pasado; entre otras razones, porque esa nostalgia, en los casos que se da, siempre es proyecto de futuro.

A la hora de considerar la Historia nacional de Navarra, deberíamos tener presente este conjunto de consideraciones. La cuestión suscita puntos de vista encontrados, que no son en sí mismos, sino una muestra más de la sumisión que experimenta nuestra cultura nacional -y en definitiva nuestro proyecto político- en relación a la cultura de nuestros dominadores, españoles o franceses. Muchos de los que se consideran dentro del denominado abertzalismo sufren de acomplejamiento a la hora de asumir nuestras señas de identidad. Tanto tiempo oyendo que lo vasco es etnicista y que nuestra Historia como estado independiente pertenece a épocas pasadas, que nos hemos llegado a creer que podemos constituir una Nación, prescindiendo de nuestra Historia. Sorprende, en este terreno los esfuerzos que hacen las naciones jóvenes para encontrar sus raíces en lo más remoto, procurando retrotraerlo a los orígenes más inseguros, frente al discurso que defienden ciertos vascos, temerosos, al parecer, de que les evoquen Santimamiñe o los dólmenes de Aralar. Los españoles pueden proclamar sin rubor que el *homo antecesor*, de Atapuerca -el primer europeo, según ellos- era español. Seguramente han encontrado su D.N.I., que como es sabido es imprescindible llevar en España para salir de casa.

Es vano el intento de pretender formar una Nación ex novo cuando ésta tiene unas raíces profundas. Sin embargo, ese es el camino que queda a quienes pretenden minimizar el bagaje de la historia de un País, como sucede a aquellos vascos que quieren olvidar nuestro Pasado como referente ineludible. Lo que interesa -se oye- no es la Historia, sino la voluntad de un Pueblo en ser él mismo libre y soberano ¡Desde luego! ¿Cómo, si no, podemos reclamarnos Nación? No podemos olvidar, sin embargo, la conciencia confusa que tienen muchos de nuestros connacionales al respecto, quienes no consideran que los vascos seamos una Nación. Esta confusión, a veces muy extendida -resultado de la alienación nacional que sufrimos de la mano de España y Francia- muy bien podría llevar a la desaparición de nuestra nacionalidad de terminar generalizándose y entonces ¿Dónde quedaría la Nación vasca? Si esta Nación existe es porque ha tenido una Historia concreta y la conciencia que nuestro Pueblo sigue teniendo al respecto es en definitiva el hecho decisivo. Debe denunciarse la actitud de España y Francia, empeñadas ambas en erradicar nuestras señas de identidad y consiguiente conciencia nacional. Los dos Estados carecen de cualquier legitimidad para llevar adelante su propósito y su obstinación en impedir el ejercicio del derecho de autodeterminación y recuperación de la Soberanía de Navarra.

Los vascos –los navarros- constituimos hoy en día una realidad nacional a través de una evolución histórica determinada. A nosotros no nos importa que en el momento presente pueda surgir una nación en cualquier punto del Mundo, sin nuestra base histórica, que tenga derecho a ser considerada nación como cualquier otra, porque el derecho de autodeterminación pertenece de manera inalienable a toda colectividad que quiera ejercerlo y constituirse en Nación con Estado propio y separado. En nuestro caso ese derecho es también irrenunciable, pero viene precedido de un largo camino. En efecto la Historia equivale al camino que ha recorrido una colectividad; el trayecto concreto ha llevado a un Pueblo al punto en el que se encuentra el mismo; las decisiones que a partir de este punto tome el Pueblo no quedan condicionadas de una manera determinista por el camino recorrido, pero es innegable que éste ejercerá su influencia en las mismas.

Los navarros seguimos estando en una seria encrucijada en la que nos han venido metiendo España y Francia desde hace siglos. El objetivo de estos dos Estados es integrarnos en su propio proyecto nacional, aunque les resulta difícil convencernos para que abandonemos nuestro camino. Ambos Estados vienen desarrollando ingentes esfuerzos a lo largo de los dos últimos siglos con el fin de consolidar una sólida conciencia nacional. Una gran parte de la universidad y la mayoría de sus intelectuales no tienen otra función que la de crear y perfilar la conciencia nacional en materias y con métodos que se pretenden objetivos y neutrales, si no asépticos; lingüistas, pensadores de todo cuño y, sobre todo, historiadores. Con todo este instrumental elaboran la conciencia colectiva de la Nación. Con ella persiguen la identificación de las colectividades y territorios a los que han obligado a integrarse en su proyecto nacional y, de este modo, conferir cohesión al Estado mismo. Esta cohesión se hará firme cuando los denominados ciudadanos franceses o patriotas españoles asuman que forman parte de una comunidad que hunde sus raíces en la Prehistoria, que ha sufrido fuertes convulsiones a lo largo de los siglos en que su ser nacional ha quedado cuestionado, pero que, finalmente, ha retomado su rumbo en los tiempos actuales.

No seamos ingenuos. Los dos Estados que se reclaman dueños de los vascos –España y Francia- intentan recuperar para su acervo nacional cualquier elemento de su historia por nimio y antiguo que éste sea, con tal de que pueda presentarse como propio de su ser nacional. Desde el momento que consideran que sobre el suelo que hoy llaman nacional a grandes rasgos, se ha constituido un poder político independiente de otros centros de poder y con independencia, también, de que el tal poder haya sido promovido por la población autóctona o por invasores, ya existe la Nación española, o la francesa; el resto de la Historia no es otra cosa que el camino, tortuoso en ocasiones y en otras recto, que lleva a la madurez de España y Francia. La Nación ya está formada y no queda sino perfilarla, territorial, social, institucionalmente, etc... Los Visigodos son los fundadores de España, cuando se identifican con el catolicismo de sus habitantes..., los francos crean Francia con Clodoveo, también tras ser bautizado éste...; la Reconquista une a todos los españoles frente al Islam y Juana de Arco a los franceses frente a los invasores ingleses..., luego vendrán las empresas imperiales, la Revolución que devuelve la soberanía original a todos los ciudadanos franceses y la Guerra de la Independencia, que lleva a revolverse a todos los españoles en contra de Napoleón. No hay Reino de Navarra opuesto a francos y castellanos, más que a los mismos musulmanes; no hay conquista de Navarra, sino reintegración de los vascos a sus reyes castellanos y anexión de Navarra. Todo será luego colaboración con la Corona española, en la más perfecta armonía de las instituciones navarras con ella y, finalmente la supresión de los Fueros vascos por parte de Francia, responderá a la necesidad de acabar con situaciones propias de la época feudal; mientras que, por parte de España, la supresión de los Fueros, representará una exigencia de modernización que los mismos vascos no llegarán a comprender, al desencadenar las guerras carlistas.

Es cierto que existen discrepancias entre los nacionalistas de ambos Estados –España y Francia- respecto a la valoración que deban merecer muchos de los acontecimientos de la Historia nacional. Se habla de izquierda y derecha, blancos y azules... En cualquier caso, las

tendencias opuestas se muestran de acuerdo en reconocer la unidad nacional que reflejan tales hechos y la discrepancia se limita a determinar el papel que ha cabido a los diversos grupos sociales en la conformación de la Nación; pero ésta no se cuestiona.

No somos conscientes los navarros en qué medida este discurso domina nuestro modo de pensar y las dificultades tan enormes que podemos encontrar, para justificar la existencia de la Nación Navarra como una realidad actual, en el caso de que lo aceptemos como adecuado para el análisis de nuestra propia Historia. Resulta sencillo optar por unos esquemas de interpretación que marcan con nitidez dos términos del proceso histórico: izquierda-derecha, progresista-reaccionario. ¿Quién era progresista el general Custer o Toro Sentado? ¿El colonizador europeo o el negro africano? Es éste un debate inadecuadamente planteado, que puede tener sentido de aplicarse a aquellas sociedades europeas que no se sienten acuciadas por su existencia como nación como un hecho previo. En tal error han incurrido el conjunto de las fuerzas políticas. Y es que nuestra Nación no existirá si los propios navarros no creemos en ella y para creer en ella necesitamos disponer de un relato adecuado que explique cuáles son los elementos constitutivos de nuestra identidad y su evolución a través de los tiempos. Esta es la función de la Historia nacional en China y en Francia; función que ha sido el instrumento más eficaz para que muchas naciones subyugadas hayan recobrado su independencia, especialmente en la Europa Contemporánea y que debe tener la misma eficacia por lo que se refiere a Navarra. Franceses y españoles afectan seguridad al respecto y pretenden convencerse de que a ellos no les llegará la hora. Podían aprender de su propia Historia reciente, porque nunca se han mostrado dispuestos a reconocer la fuerza de los tiempos. En todo caso que aprendan de lo sucedido en Rusia y mejor harían en ir preparando lo que es ineludible, con el fin de evitar traumas y amoldarse a lo que tiene que ser la auténtica unidad de Europa, una Europa de convivencia entre los Pueblos que la componen y no de los Estados autoritarios, que buscan perpetuar injusticias seculares.

-----

La Historia permite poner de relieve los acontecimientos y procesos que nos han hecho a nosotros y a nuestra colectividad de una manera concreta. Somos individuos con valores universales, porque el ser humano no existe sino en su concreción, e igualmente la sociedad en la que el mismo se integra. Si alguno, por su parte, cree que su individualidad tiene, sin más, un carácter universal fuera de tal concreción, correrá el riesgo de darse de narices algún día con la lámpara de Diógenes. Por lo que se refiere a Euskal Herria, son componentes fundamentales de nuestra identidad, desde luego la peculiaridad idiomática que refleja un asentamiento de nuestros ancestros en el área pirenaica que se remonta a la Prehistoria. En el caso de que alguno pretenda hacer chanza de tal pretensión, le diremos que consideramos a los artistas que pintaron Santimamiñe y Ekain mentalmente superiores a él mismo y que tendrá que demostrar que es tan hábil como aquellos para ejecutar la talla de los instrumentos líticos de que se sirvieron.

Con ser este hecho importante, lo es más la capacidad que mostraron nuestros antepasados más modernos, para constituir un Estado que salvaguardó la colectividad vasca en el periodo convulso de la Edad Media; el único en el Occidente europeo que no debió su nacimiento a la iniciativa de elementos germánicos, diferenciados de la población autóctona, y que terminó por organizarse con criterios en los que el interés público y de la colectividad primaba sobre el particular de un individuo, el monarca, o sobre el interés de una única clase social, la nobleza. Si hoy podemos hablar de Pueblo vasco es gracias a la configuración que del mismo hicieron nuestros antepasados mediante la creación del Estado de Navarra. Si hoy el Euskera es una señal de identidad de nuestro Pueblo es gracias a que existió un Estado vasco –Navarra- del que era considerada la lengua de sus habitantes y que lo hablaba la generalidad de la población, incluidas las clases altas; hecho este puesto de manifiesto por una documentación ocultada y tergiversada hasta el momento presente, por parte de una historiografía española, obcecada por encontrar en todas partes rasgos de identificación que encajen en el estrecho

marco de lo que considera rasgos hispánicos. Incapaz, por tanto, de reconocer que otros pueblos pueden conseguir, sin su ayuda, cualquier nivel cultural. Que el Euskera era la lengua de la clase alta navarra lo pone en evidencia las fuentes históricas de mayor altura, en las que se recoge que los diplomáticos navarros hablaban Euskera, aunque luego los documentos oficiales utilizarán el Latín, y lo mismo sucedía con los redactores de documentos y diplomas.

Hay dos cuestiones en la Historia de Navarra que suele dar lugar a objeciones por parte de quienes desde un *purismo abertzale* sin concesiones, pretenden, que quienes nos han precedido en la constitución de nuestra nacionalidad, tenían una perspectiva distorsionada de la realidad nacional por no coincidir con la actual. Estas dos objeciones –muestra del acomplejamiento que muchos mantienen con respecto a la ideología hispano-francesa- se refieren a la presencia del Euskera como idioma oficial de la administración del antiguo Reino de Navarra y a la organización del Estado navarro como monarquía. Por lo que se refiere al primero de estos aspectos, será conveniente recordar a tales objetores que el concepto de idioma oficial corresponde a la Edad Moderna, cuando menos. Solamente el exacerbado nacionalismo español ha llevado a sus historiadores a afirmar que el Castellano era la lengua oficial de Castilla a partir del siglo XIII. No hay tal oficialidad, si tenemos en cuenta que la gramática de Nebrija es de finales del siglo XV y es en ella en donde aparece la propuesta de imponer un idioma oficial. Por el mismo tiempo todavía la Corte inglesa seguía utilizando el francés, sin que por ello los nacionalistas ingleses experimenten ningún escrúpulo con respecto al carácter nacional de sus reyes medievales y la documentación en Latín seguía siendo la de mayor utilización en gran parte de las cancillerías europeas.

En lo que toca a la organización del Estado navarro en forma monárquica, convendrá que seamos conscientes de la realidad de los tiempos. Desde una perspectiva actual se asume que un sistema de gobierno basado en la monarquía constituye un anacronismo. El carácter personal del gobierno monárquico y la transmisión de la condición de monarca a través de la herencia implican una organización del poder político y social que privilegia a determinados grupos de la sociedad en perjuicio de la colectividad y coloca las decisiones políticas al más alto nivel en la decisión arbitraria de un individuo. Se supone, en consecuencia, que la monarquía navarra tuvo también estos rasgos. No deja de ser verdad, aunque, en todo caso, es necesario comprender las circunstancias históricas que hacían difícil una solución política diferente.

Es obvio que en nuestros tiempos los sistemas institucionales monárquicos son considerados obsoletos, precisamente por esos rasgos de exaltación de un individuo en quien se deja una capacidad de decisión en asuntos públicos que no encuentra justificación; también contribuye a ello otra circunstancia. El sistema monárquico facilita el predominio de grupos sociales privilegiados, que se aprovechan del ejercicio del poder arbitrario del monarca para afirmar sus privilegios frente al conjunto de la colectividad. No obstante, en nuestra cultura actual, que viene reclamando la igualdad en sus diversas facetas, jurídica y económico-social, provoca rechazo la presencia de tales individuos, a quienes no se considera, en absoluto, especialmente cualificados, y en los que no se ve ningún mérito, ni utilidad de la función que desarrollan. Nosotros no debemos proyectar nuestros esquemas mentales sobre otras épocas tan diferentes a nuestra sociedad industrial contemporánea. A lo largo de la Historia han existido sistemas monárquicos y otros que podemos denominar de carácter más democrático. Dentro de estos últimos y con anterioridad a las transformaciones experimentadas en la Edad Contemporánea, solamente pueden mencionarse los que se han dado en muchas de las denominadas ciudades-estado, del estilo de las Polis griegas, o los que han organizado muchos pueblos en un estadio anterior a la configuración de un estado, con formulas institucionales estables; pueblos que se encuentran todavía en la fase de clan o de tribu. Las polis griegas –al igual que las ciudades italianas de la Baja Edad Media- podían disfrutar de una organización, en mayor o menor medida democrática, como consecuencia de un sistema económico abierto, basado en el comercio de largo radio y en una activa

artesanía. En ninguno de los dos casos estaban libres de que su sistema político derivase hacia la tiranía, como resultado de la propia dinámica expansiva de la propia polis, o como consecuencia de las tensiones que se producían entre los sectores sociales que componían la ciudad, trabajadores contra oligarquías. Por lo que respecta a las sociedades que no habían superado la fase de organización clanística o tribal, el carácter democrático podía mantenerse siempre que no incidiese un factor externo que podía poner en peligro la existencia de los clanes o tribus autónomas, obligando a la creación de una institución monárquica más fuerte, como garantía frente al peligro exterior.

El surgimiento del Estado vasco de Navarra –en sus orígenes conocido como Reino de Pamplona- reproduce este segundo caso. La constitución del Reino es resultado de una dinámica que se inicia con la diluición del Imperio romano y la coyuntura creada en esta parte de Europa occidental, entre el río Garona y la Cordillera ibérica. La presencia de Pueblos germanos –francos y Godos- empeñados en someter a los vascones, llevará a éstos, finalmente, a configurar una organización defensiva permanente, que no otra cosa es el Estado navarro, basado en un fuerte caudillaje. Caudillaje, que además de la defensa, estabilizó otros elementos de la organización político-social. La organización monárquica era la idónea para un territorio que tenía un ámbito de actuación mucho más amplio que el de una simple tribu, pero en el marco de una economía cerrada y autosuficiente, esencialmente rural. Constituía la fórmula idónea para dotar al conjunto de una estructura defensiva adecuada, sin que por ello llegase a desaparecer en la base local el sistema de organización comunalista.

Dejando a un lado prejuicios actuales, debemos contemplar con una perspectiva abierta esta época histórica. La monarquía constituía el sistema adecuado de organización política para Navarra en las etapas históricas en que funcionó. La presencia de un monarca al frente del Estado respondía a la necesidad imperiosa del reconocimiento interior y exterior de la soberanía navarra. Siempre los navarros reclamaron tener un rey propio –*privativo*- con la exclusividad suficiente para que fuera rey por serlo de los navarros y no en virtud de otras soberanías. Este principio se rompió a raíz de que Castilla y Francia se atrevieron a integrar a Navarra en el patrimonio de sus respectivas coronas. A parte de este afán de disponer un rey privativo, nuestros antepasados dejaron bien claro que el rey de Navarra lo era por la voluntad de los navarros, porque –al decir de Lacarra- primero era la Comunidad –el Estado- y luego el rey que ésta misma se otorgaba y, además, el rey debía atenerse en su manera de gobernar al principio de una constitución representativa. Estos planteamientos resultaban tan escandalosos para la mentalidad de los estados autoritarios y el pensamiento dominante de la Edad Media y Moderna, que fueron combatidos por papas como Inocencio III, considerados indecentes con el poder monárquico por parte de los representantes del concilio de Constanza y discutidos por la caterva de intelectuales de la época de la Ilustración, defensores de la autoridad regia. Resultaban escandalosos, porque se oponían a la ideología dominante de la época que quería que el Estado fuese una propiedad privada del rey, territorios y vasallos, mientras la teoría navarra del Estado supeditaba el rey a la colectividad.

Es necesario añadir que el Estado contemporáneo, quien reclama su legitimidad de la voluntad de los ciudadanos, es heredero en sus planteamientos del estado monárquico; no únicamente en cuanto ha sucedido en el espacio y en el tiempo a éste último, sino por su empeño en reclamar su derecho a someter y oprimir al Estado navarro, conquistado violentamente por España y Francia. La pretensión de que una colectividad numéricamente más grande pueda imponer su voluntad a otra colectividad más pequeña, es tan ilegítima como la de un rey que reclama el derecho de propiedad en una materia – la soberanía- que solamente corresponde a una colectividad integrada por individuos libres y sin ninguna dependencia no querida por ellos.

Los navarros -vascos- estamos obligados a superar los prejuicios que subyacen en la ideología nacionalista de los Estados imperialistas español y francés. Estos prejuicios -que

lleva a proclamarse a éstos últimos como insoslayable necesidad de los tiempos, particularmente porque se han constituido en paradigma de la organización política contemporánea- distorsionan la perspectiva nacional de los navarros, cuando muchos de nosotros intentamos adecuar nuestro discurso nacional a las exigencias del modelo español y francés. Así se explica que no seamos capaces de reconocer en nuestro devenir histórico los elementos básicos de la configuración de nuestra identidad. Los navarros podemos defender, mejor que nuestros adversarios españoles o franceses, que nuestra nación tiene raíces más profundas y espontáneas que las suyas. Francia y España tienen especiales dificultades para demostrar que son las naciones que pretenden, al haber sido dinamizadas por elementos de índole autoritaria en todo el proceso de formación como Estados. Francia y España son el resultado de la conquista y la imposición en un ámbito mucho más grande de los límites que pretenden presentar en el momento presente. Han carecido de la voluntad colectiva que los legitime como nación y, conscientes de tal déficit, se han sacado de la manga el mito del *plebiscito cotidiano*.

Navarra, frente a estos Estados, puede aducir el plebiscito histórico, plebiscito representado por la permanente reclamación de la independencia, frente a los poderes estatales extranjeros, español y francés, que no ha dejado de estar vigente ni durante el periodo de sometimiento que ha alcanzado nuestros tiempos. Nosotros podemos presentar un modelo de Estado en el que aparecen los elementos del poder popular desde la misma Alta Edad Media, con el reconocimiento de todas las clases sociales como integrantes del Estado. ... *Representantes de todo el Pueblo del Regno de Navarra...* tal como afirman los muchos juramentos reales reconociendo los Fueros, mediante un proceso de afirmación del papel de la colectividad, roto por los Estados expansionistas francés y español, basados en el autoritarismo. En cualquier caso la permanencia ininterrumpida del conflicto con tales Estados, deja bien a las claras la vigencia de la Nación Navarra, conquistada, sometida y tiranizada, pero que no ha dejado de reclamar su derecho soberano en ningún momento. Una perspectiva como la que proponemos, no solamente ayudará a los vascos –navarros- a aclarar nuestra conciencia, sino que es imprescindible asumirla en una estrategia adecuada, válida para la recuperación nacional en la que tantos se encuentran empeñados. Nuestro propósito no se dirige a sembrar confusión, sino a proponer la reflexión seria en esta materia que afecta a la conciencia colectiva y que es primordial para la posterior correcta actuación.